

Percibo en su olor que tal vez se llame Marina, o quizá la palabra de su nombre me viene del pez muerto; hay un toque levisimo —como una nota dada en un piano por el pianista antes de morir— de la pulpa de su dedo índice en la corteza de mi mano derecha.

—¿De acuerdo?

No he dicho nada, pero ella ha notado asentimiento en la quietud de mi velluda mano, y se levanta —cómo huele su aire, su corriente de aire en mi nariz liofilizada—, y me vuelve la espalda y camina como una novia que abandona, por vez primera, la morbidez de su alcoba.

Al poco rato me llaman desde la sala-de-juegos-gimnasio-pingponguero-pindongueo.

—¡Señor González!

Y me espera apoyada en la bicicleta gimnástica y me hace un gesto con el brazo para invitarme a pasar al comedor. Ahora me viene a la boca llamarla Delfina, aunque sé que no es un nombre de mujer de carne y hueso, sino un simple nombre escrito, que se deriva, quién sabe, de una pereza de llamarla Fina, como Marina —el nombre con el que estuve a punto de bautizarla antes— era un rubor de Mari.

—En el comedor, verá, no queda casi nada, algunos muebles se han desmontado y esperamos a los embaladores de la mudanza, y las vajillas y cristalerías y todo eso ya está archibalado, comeremos en duralex, no le importará, es más práctico para estos últimos días, se lava en un coser y cerrar de ojos, qué digo yo, en un abrir y cantar de ojos, aunque siempre acaba dejando un velo turbio, como después de quitarse las lentillas.

Pestañeó, y me fijé en sus pupilas color musgo recién llovido.

El comedor. O, como dice ella, Delfina, Priscila, Lucía, el Comedor, con énfasis que parece estar engullendo la sílaba más suculenta de Comendador. El comedor. El fresco que pintara mi amigo Breda, en la bóveda del ángulo de la pequeña rotonda-mirador, ha desaparecido, pues la rotonda-mirador ha sido cegada para que se encuentre a sus anchas un aparato de televisión —todavía no embalado— al que ha sido consagrado el altar del más bello rincón de la casa. En aquel semióvalo con visillos fruncidos había tomado todos los cafés de diez años de comidas y cenas con Claudia, había fumado los cigarrillos que acompañaban los cafés, había desayunado muchos lentísimos domingos, había jugado al ajedrez con ella y con su hermano Fernando, habíamos organizado varias docenas de partidas de póquer, habíamos descorchado, en fin, Dios sabe cuántas botellas de champán, el único líquido más sabroso que la propia sangre o que la saliva de la boca amada...

—He pensado que almorzáramos en esta mesa-camilla, resulta más acogedor, menos ceremonioso. ¿Te parece bien?

Me tuteaba, y me fijé en que su blusa granate se había desabotonado un poco.

Joaquina, la asistenta, entraba ya con una sopera humeante. Y Emilia, Amelia, Imelda, Olivia, Abilia, Elvira, Marina, Delfina, Priscila, Lucía, Lici-
nia, se había sentado y extendía sobre sus muslos imprevisibles una servi-
lleta afortunada, y se disponía a servirse, con un cucharón de plata que
me guiñó con sus reflejos.

Yo me senté también y vi encima de la mesa-camilla-rinconcito-acogedor
una lámpara con sus ocho brazos de latón que salían disparados del centro
de una estrella y culminaban en otros tantos florones de plástico, cada
uno de un color, taladrados por agujeritos que dejaban escaparse burbujas
de luz hacia un papel pintado de luceros que cubría el techo, como si en
la cabina de un aeroplano o nave espacial nos halláramos.

—¿Es usted azafata? —me vino la pregunta a los labios.

Me sonrió, feliz por haberle dirigido la palabra —aunque la tratara de
usted— tras mi mineral silencio, o de la pregunta que hacía, o de ver cómo
acercaba mi nariz al plato y mi vista se detenía a la altura de su escote.

Entonces me contó que no era azafata, pero que le habría gustado serlo,
para viajar y conocer mundo, pues el mundo era muy grande, ¿verdad?,
aunque una sopa como ésta no la comerá usted, tú, en muchos sitios.

El ovalado ventanal en forma de mirador lo había dibujado yo mismo,
precisamente porque me recordaba las casas de mi niñez, cuando el rumor
de los comentarios de las tías y la abuela se extendía por encima de los
bocadillos rebosantes de mantequilla. Aquí, en esta urbanización, no había
mucho que comentar ni que mirar, salvo el propio jardín, pero el falso
mirador reproducía aquel ambiente de jerseicitos para los bebés que se
avecinaban, visitas inesperadas, cotilleos, uñas pintadas, tazas humeantes,
en suma ese gas carbónico más o menos artificial con que se traga mejor
el zumo ácido de la existencia.

Joaquina nos sirvió un conglomerado de patatas, carne y pimientos mo-
rrones que calificué de sabrosísimo, y tras recoger apresuradamente unos
cuantos platos y cubiertos volvió a aparecer ya vestida con impermeable
y un bolso de plástico colgado del brazo, y dijo que el café estaba en la
lumbre, y

—hasta mañana, señorita,

y a mí no me dijo nada. La señorita, Alicia o como se llamase, me dirigió
una semisonrisa semitorcida y se levantó, es decir, levantó unas caderas
espléndidas, para acercar el frutero del que colgaban unos racimos desangelados.

—Siento todas las molestias que...,

balbuceé, un poco aturcido por el vaivén de sus caderas, y ella me inte-
rumpió, que ni hablar de molestias, que lo único que sentía era la ausen-
cia de Raúl Alberto Carlos, y me repitió lo de Autopistas de la Meseta (yo

siempre había creído, no sé por qué, que trabajaba en algo de aire acondicionado) y los problemas laborales y jurídicos, sobre todo estos, los jurídicos, que son los peliagudos, ya sabe, etcétera.

Mientras ella retiraba los platos de postre e iba a mirar si estaba listo el café y me preguntaba si lo prefería solo o con leche, y si lo tomábamos allí mismo o en el saloncito (solo, saloncito, contesté, como un retrasado mental), aparté mis ojos de su ceñida espalda y sus nalgas y dediqué unos minutos a la contemplación del comedor, del Co-me-dor, ahora con la óptica de Emilia-Amelia-Imelda-Olivia-Abilia-Elvira-Marina-Delfina-Priscila-Lucía-Licinia-Alicia-Dulcinea, vestida de un percal grosella asalmonado que la hacía un poco más liviana, menos amazacotada que cuando se me presentó por la mañana. Vi un reloj de pie, imitación de una imitación, un espejo de marco de estaño apoyado en la pared, en el suelo, junto a una alfombrilla color noche de luna nueva, y un armario-vitrina que contuvo quizá las bandejas de plata y los juegos de té de una boda ya embalada.

Ella vino con el café y me preguntó si quería coñac o chinchón, sin recordar que no tenía ni una cosa ni otra.

—¿Qué mira? —(ya no me tuteaba)—. ¿La lámpara? A lo mejor no me la llevo.

La miré a ella: tenía las mejillas un poco rechonchas, amelocotonadas, y los ojos, ya he dicho, de musgo congelado, algo hundidos. Creo que, al mirarla, se ruborizó, o fui yo quien la vi ruborizada. Carraspeé y extraje del bolsillo de la chaqueta dos folios doblados en cuatro.

—He traído el inventario. Usted habrá conservado una copia. ¿Se acuerda? Fue usted misma quien firmó debajo de la palabra conforme.

Desplegué los papeles, intenté leer la firma, descifrar su nombre: imposible. Ágata tal vez se llamaba; tenía cara de llamarse Ágata.

—Uy, cualquiera sabe dónde está esa copia. Recuerdo que la puse en cualquier parte, o se la di a Raúl Alberto —(se paró, no llegó hasta el Carlos, quizás en la intimidad le llamaba sólo Raúl)—, pero me fío de usted, me fío completamente. No puede hacerse una idea de hasta dónde me fío. Yo olvido todo, porque me fío. Soy así. Me dicen una cosa y, santo y seña, para mí es sagrado.

Me llevó al jardín a enseñarme sus anémonas. En medio del abandono de lava (donde, cinco años antes, cuando Claudia y yo nos fuimos y decidimos alquilar la casa, todo era terciopelo de césped frutal y retoños de vivaces que aseguraban flores en las cuatro estaciones del año), esta señora, quizá no Ágata, sino Águeda, había reservado un irregular pentágono, del tamaño de un cuarto de aseo, al desbordamiento de las anémonas de todos los colores: color amapola, color malva, color flor de limonero, color turquesa y hasta color aceituna. Se me antojaron bonitas las anémonas, a las que antes odiaba, cuando la vi a ella agachada, acariciándolas.

—Enhorabuena.

—Gracias. Es mi jardín. No permito que nadie lo toque. Ni mi marido. Si me apena dejar la casa es por dejar estas flores: ¿quién las va a regar, como yo, cada mañana? ¿Quién las acariciará? ¿Quién les hablará? Porque es muy importante hablar a las plantas...

Apetecía tumbarse (encima de ella, que mostraba un triángulo de espalda acanalada) y espachurrar aquel muestrario de colores. Insistí con lo del inventario.

—Desearía irme en el tren de las cuatro y media.

—Si quiere empezamos por arriba. No tardaremos —dijo, mientras se incorporaba y se desperezaba.

Subimos por la escalera principal y me condujo directamente al dormitorio, a su dormitorio, al que había sido mi-nuestro-de Claudia y mío dormitorio. Dormitorio en el que una gran claraboya permitía contemplar desde la cama el alfilerero de las estrellas, los dedos transparentes de la lluvia o el desfilarse de almas arrastradas por el viento.

Como era de esperar, la claraboya la habían cegado con una persiana gradulux.

—Entraba mucha luz por las mañanas... —dijo ella, al captar mi mirada hacia el techo.

La colcha de la cama la formaban hileras de buñuelos, y en cada buñuelo había estampada una flor, que me hizo pensar en ella tumbada sobre la colcha de las anémonas. Un papel oriental cubría de bambú las paredes.

Me aferré al inventario.

—Dormitorio de señores: un aplique (el aplique colgaba de un hilo, como una herida mal vendada y polvorienta); una mesita baja (ocultaba sus incrustaciones un mantelillo de encaje portugués); un florero (¿qué ha sido del florero?, está abajo, dijo ella, en el cuarto de baño, me viene muy bien para las horquillas y los chichos); un canapé; dos cojines (algo raídos, allí estaban); una butaca (la verá abajo, en el recibidor); una cama, con su somier, y un colchón.

El gradulux de la claraboya dejaba la cama en penumbra, y ambos la miramos en silencio, mientras fuera serraban la tarde los grillos, y en aquel momento de verdad ella habría podido llamarse Claudia, se dispuso a alzar sábanas y mantas para mostrarme que el colchón inventariado existía, estaba asqueroso de manchurroneos informes, amarillentos, marrones, rosáceos, miré hacia otro lado con repugnancia, era inconcebible que yo volviera a dormir sobre aquel colchón donde se borró la huella del cuerpo de Claudia anudado al mío.

—¿Quiere que continuemos por el gabinetito o por el cuarto de baño?,

preguntó, y yo no era capaz de seguir con el inventario, pues cada palabra resonaba como un latigazo —«un arcón», «un macetero», «una estantería», «un espejo»— y doblé aquellos papeles para guardarlos en el bolsillo,

y los desdoblé, y ella me miraba sin decir palabra, miraba con curiosidad
y puede que con miedo a ver qué hacía yo,
a ver qué hacía yo,
y miles de luces de pueblos recorridos por miles de trenes cruzaron por
mi frente,
qué hacía yo,
y rompí el papel, rompí el inventario en diminutos pedazos que arrojé,
como un confetti, encima de la colcha abañuelada.

—Debo entender... Me permites creer... que podemos continuar en la ca-
sa, que podemos deambular, desembalar que me diga, que podemos...

Se me acercó tanto que no pude evitar abrazarla mientras le decía «sí,
sí», y Emilia-Amelia-Imelda-Olivia-Abilia-Elvira-Marina-Delfina-Priscila-Lucía-
Licinia-Alicia-Dulcinea-Ágata-Águeda-Claudia lloraba sobre mi hombro y yo
le acariciaba la turbia cabellera.

Se separó bruscamente y ambos descendimos en silencio hasta el jardín.

—Alguna vez que otra vendré a visitarte. Me invitarás a almorzar, ¿ver-
dad? —dije junto a la cancela pintada del mismo color que su vestido.

Ella asintió con la cabeza y tocó mi mano. Se volvió para ocultar el lloro
de sus ojos.

Cuando la cancela se cerró detrás de mí, me fijé en dos azulejos, medio
ocultos por la enredadera, en los que se leía, con letras azul añil

VILLA HERMINIA

pero qué tonto soy, mientras camino hacia el tren, cómo no me ha venido
antes a la cabeza, claro,

Herminia,

así se llamaba.

Ramón Nieto